



Eucaristía de Ntra. Sra. del Pilar

San Nicolás, 12 de octubre de 2017

El origen de la devoción a la Virgen del Pilar se remonta a los orígenes de nuestra era, cuando la Virgen María vino a España para confortar al apóstol Santiago en las tareas de evangelización. La tradición afirma que lo visitó milagrosamente a orillas del río Ebro, donde Santiago estaba. Como recuerdo de aquel acontecimiento se levantó más tarde en aquel lugar una capilla en honor de Nuestra Señora, venerando su imagen sobre el pilar. Documentos monacales del siglo IX dan testimonio del templo dedicado en la ciudad de Zaragoza a María siempre Virgen.

Actualmente su Basílica, a orillas del Ebro a su paso por Zaragoza, es un lugar privilegiado de oración, donde sopla con fuerza el Espíritu, donde se cumple la promesa atribuida a la Virgen: “permaneceré en este sitio hasta el fin de los tiempos, para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mí intercesión, con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio”.

María, madre. María en medio de nosotros, su Iglesia, especialmente en momentos de necesidad. Así nos lo hace ver la misma Palabra de Dios, como la lectura del libro de los Hechos, en los versículos que leemos en la fiesta de la Virgen del Pilar, resaltándose la presencia de María en la Iglesia naciente, en la primera comunidad postpascual que recibirá el don del Espíritu en Pentecostés.

Podemos pensar en la importancia de María en la formación de esa primera comunidad de Jerusalén y trasladar, sin esfuerzo esa misma importancia en el apoyo a Santiago apóstol en la formación de la primera comunidad de España. Importancia, no sólo en el nacimiento de la fe en nuestra tierra, sino que en el largo y denso camino de su historia, ella ha sido constante apoyo y consuelo.

Es por ello que, como la mujer del Evangelio que acabamos de leer, de forma incesante hombres y mujeres han gritado alabanzas a María. Palabras de gratitud y de bendición, especialmente en su imagen del Pilar. Arrebatada por la emoción del momento, una mujer del pueblo, corazón en mano, alaba a Jesús y le dice –como hemos oído en S. Lucas- cuán orgullosa tenía que estar su madre por haberlo llevado en su seno.

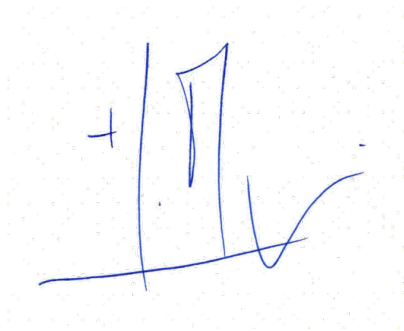
Las palabras de la mujer son un cumplimiento de la profecía sobre María, de Lucas 1,28: “Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones”.

Pero Jesús, humilde y sencillo como su madre, traslada la atención de él mismo y de su madre a una insistencia más central: realmente, es más dichoso el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica. La grandeza personal de María está en haber escuchado a Dios y haberle dado un “sí” incondicional con su vida entera.

Ante ella, nuestra Madre, ante ella, nuestro modelo, es bueno reiterar aquello que se pide en la oración colecta de hoy y por su intercesión: “fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor”; y en la oración sobre las ofrendas: el deseo de permanecer firmes en la fe”. El pilar sobre el que se mantiene, firme y erguida, la frágil imagen de la Virgen, está así cargado de simbolismo:

Evoca la columna de fuego que, de noche, guiaba a los israelitas por el desierto. “Faro esplendente”, la llama el Himno a la Virgen, es decir, la que en las noches oscuras de los cristianos, mantiene viva la luz de la fe. El pilar evoca, también, la solidez de la Iglesia, siempre perseguida, pero siempre en pie, manteniendo la esperanza del que, dice también el Himno, “se abraza a tu Pilar”. El Himno nos dice también que ese Pilar ha sido un “rico presente de caridad”, del amor de Dios, que nunca desampara a su pueblo en los momentos difíciles. Por ello, estemos seguros en Ella que sostendrá a nuestro pueblo en momentos de gran dificultad como los que vivimos; momentos donde podemos notar el amargo sabor del odio y la violencia que quiere separar y romper uniones y convivencia; momentos también en los que aparecen los hombres justos, honrados, de ley, que se sacrifican por el bien y la paz, por la unidad y la convivencia. En momentos así se ponen a prueba los valores de los pueblos y de las personas. No dudemos en tener el regalo seguro de esos hombres de bien que pedimos a la Virgen no nos falten, especialmente ahora.

Fe, esperanza y amor reparte la Virgen desde su Pilar. Con razón el Papa S. Juan Pablo II terminaba sí su oración ante nuestra Virgen: “Virgen santa del Pilar: aumenta nuestra fe, consolida nuestra esperanza, aviva nuestra caridad... Fomenta en los jóvenes la disponibilidad para una entrega plena a Dios. Protege a España entera y a sus pueblos, a sus hombres y mujeres. Y asiste maternalmente, oh María, a cuantos te invocan como patrona de la Hispanidad”. Así sea.

A handwritten signature in blue ink, appearing to be 'J. Murgui Soriano', written on a light-colored, textured background.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.